

JOSÉ LUIS CORRAL



LOS
AVSTRIAS

EL VUELO DEL ÁGUILA

AMBICIÓN, SEXO, PODER:
LA GRAN NOVELA SOBRE LA FORJA DE UN IMPERIO

 Planeta

AE
& I

Los Austrias.
El vuelo del águila

Autores Españoles e Iberoamericanos

José Luis Corral



Los Austrias.
El vuelo del águila

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© José Luis Corral, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2016
Depósito legal: B. 10.071-2016
ISBN: 978-84-08-15639-0
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Unigraf
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

1. Un reino sin rey	7
2. El nido del águila	153
3. Cielos de tormenta	340
4. El ocaso de los gigantes	460
5. El águila levanta el vuelo	626

APÉNDICES

Nota del autor	753
Árboles genealógicos	757
Genealogía de los Austrias (1459-1519)	758
Genealogía de los Reyes Católicos (1451-1516)	759
Genealogía de Juana la Loca y Felipe el Hermoso (1478-1519)	760
Genealogía de la Casa Real de Francia (1462-1519)	761
Genealogía de la Casa Real de Inglaterra (1457-1519)	762
Genealogía de la Casa Real de Portugal (1455-1519)	763
Genealogía de la familia Losantos (1430-1519)	764

Principales personajes históricos	765
Principales personajes de ficción	773
Cronología	777
Bibliografía	781
Crónicas	783
Colecciones documentales.	784
Ensayos	785

UN REINO SIN REY

*Palacio real de Medina del Campo, reino de Castilla,
26 de noviembre de 1504*

Treinta y cinco años al lado de aquella mujer habían sido mucho más que toda una vida. Treinta y cinco años. Más que toda una vida.

Hacía ya una hora que el rey permanecía sentado junto al lecho con dosel donde acababa de expirar Isabel la Católica tras varias semanas soportando un terrible dolor, enferma y consumida por la calentura y las fiebres tercianas. Fernando parecía abatido y lleno de pesadumbre, pero tenía los ojos secos y el rostro, marcado con algunas arrugas, muy serio, aunque más sereno de lo que era de esperar de un hombre que acababa de perder a su esposa y a su reina.

El sol del mediodía inundaba de luz el dormitorio del palacio real de Medina del Campo en aquel día de fines de noviembre, donde se agolpaba un nutrido grupo de cortesanos, entre ellos algunos de los más altos nobles del reino y varios frailes dominicos que rezaban entre murmullos una cantinela de letanías. Del exterior, desde la plaza del Mercado, llegaban voces ininteligibles, como lejanos lamentos por la reina muerta.

En una de las paredes colgaba un tapiz con el emblema de los Reyes Católicos: el águila coronada de San Juan sostenía entre sus garras el escudo de la monarquía de

Fernando e Isabel, con los símbolos heráldicos de los reinos de Castilla y León, los palos amarillos y rojos de la Corona de Aragón, el águila negra del reino de las Dos Sicilias y el fruto del de Granada, sobre la leyenda «Tanto monta», entre el yugo y el haz de flechas.

—Salid todos —ordenó Fernando de pronto, rompiendo su prolongado silencio.

—Debemos amortajar...

—He dicho que salgáis, todos —reiteró la orden, cortando tajantemente a uno de los médicos que había atendido a la reina en las últimas semanas.

—Alteza... —Los cortesanos presentes se miraron extrañados y algunos comenzaron a abandonar la estancia.

—Todos —reiteró el rey dirigiéndose a los dominicos, que no se habían dado por enterados—. Vos no, Losantos —indicó el rey señalando al médico converso, mientras los demás presentes se retiraban en orden.

Cuando se quedaron solos, Fernando se puso de pie y se acercó hasta colocarse frente al tapiz.

—«Tanto monta...» —leyó—. Todos creen que ese lema —el Católico señaló la leyenda del escudo de su monarquía— hace referencia a la igualdad que mantuvimos en el trono doña Isabel y yo mismo, pero en realidad fui yo quien lo elegí a semejanza de la tradición del nudo gordiano que cortó Alejandro Magno con su espada, como ejemplo de que lo importante es conseguir los objetivos, y que da igual la manera de hacerlo. El «Tanto monta» no se refiere a la igualdad entre nosotros dos, monarcas de Castilla y de Aragón, sino a los fines que pretendemos.

—Oportuna aclaración, alteza —observó Pedro Losantos.

—Habéis sido un fiel servidor de la reina, ¿también lo seríais conmigo si os lo propusiera?

—¿Qué deseáis de mí, señor? —preguntó Losantos, tras asentir con la cabeza.

Pedro Losantos, médico al servicio de sus altezas, estaba asombrado. Él había tratado, desde que eran muy pequeños, a los hijos de los Reyes Católicos, y tenía cierta relación con don Fernando, pero no dejó de sorprenderse al quedarse a solas con el rey junto a la cama donde yacía el cadáver de Isabel; era un privilegio que no esperaba.

—Aragón no tiene heredero —soltó de pronto el rey Fernando.

—Señor, vuestra hija doña Juana...

—Mi hija es propietaria de los reinos de Castilla y León por decisión de mi esposa; así lo dispuso doña Isabel en su testamento firmado hace unas semanas. Pero doña Juana no puede reinar en Aragón, ninguna mujer puede hacerlo. Es la ley.

—Esa ley puede cambiarse...

—Aunque así fuera, doña Juana no está en condiciones de reinar.

—Pero, señor, fue jurada como vuestra heredera y sucesora en las Cortes de Toledo y de Zaragoza, y luego en Barcelona y Valencia...

—Hace tiempo que su cabeza se perdió, como vos bien sabéis, pues os ocupasteis de ella cuando era una niña. El testamento de mi esposa aclara que, si doña Juana está impedida para gobernar Castilla y León, debo hacerlo yo.

—¿Y vuestro nieto, el príncipe Carlos, el hijo de los archiduques Felipe y Juana?

—A él le corresponde mi herencia, sí. Tras la muerte del príncipe Miguel se ha convertido en mi sucesor en la Corona de Aragón. Mi amado nieto portugués... —Fernando el Católico suspiró; se refería al príncipe Miguel, el hijo de la princesa Isabel de Castilla y de su esposo el rey Manuel I de Portugal, muerto con dos años de edad en Granada. Si hubiera sobrevivido habría sido el soberano que uniera todas las Coronas hispanas: Aragón, Castilla y Portugal; y entonces el viejo sueño de los Trastámaras de

reinar sobre toda la Península se habría cumplido—. Carlos es un niño, y lo están educando en Flandes al modo de la corte de Borgoña. No será un buen rey para Aragón, y tampoco para Castilla. Desde su nacimiento solo ha tenido preceptores flamencos y borgoñones. Supongo que ni siquiera sabe hablar nuestra lengua, y nadie se ha preocupado por enseñársela.

—Es el heredero de vuestra hija Juana, a él le corresponderá sucederos al frente de Aragón cuando, Dios quiera que sea lo más tarde posible, vos faltéis. —Pedro Losantos no dijo más; tuvo que morderse los labios para no incomodar a su rey. El cuerpo sin vida de la reina Católica todavía estaba caliente y a su viudo solo le importaba el futuro de los reinos y Estados de la Corona de Aragón, de los que era soberano por herencia de sangre, y mantenerse como gobernante de Castilla y León.

—Cuando yo pase a mejor vida, Aragón y toda su Corona quedarán en poder del archiduque, mi yerno, ese petimetre engolado... Aragón necesita un heredero varón, y ese no es don Felipe..., ni siquiera mi nieto don Carlos.

—Si hubiera sobrevivido vuestro hijo, o un hijo suyo...

Ahora Losantos aludía al único descendiente varón del rey en su matrimonio con Isabel de Castilla, el príncipe Juan, en quien depositaron todas sus esperanzas, y que había muerto con diecinueve años y sin dejar un heredero.

—Pero el Señor se los llevó antes de tiempo. Sí, sí, queda don Carlos, don Carlos, ya sé; pero también está mi nieto don Fernando, su hermano menor. —Fernando el Católico se acercó a la cama y tomó la mano inerte de Isabel; aún no estaba fría y rígida.

—Fue una gran reina —comentó Pedro Losantos.

—¿Sabéis, don Pedro, que hace unas semanas, cuando mi esposa percibió muy cerca el gélido hálito de la muerte, me hizo prometerle que nunca me volvería a casar?

—Eso se rumorea en la corte, alteza. Lo comentaron algunas de sus damas de compañía, y esas nuevas se extienden muy deprisa...

—Pues es cierto. Cuando le sobrevino la calentura más febril y sintió que su final estaba próximo, le juré que, si ella moría antes que yo, nunca volvería a casarme. Tuve que hacerlo; me lo pidió con tanta vehemencia... Estaba demasiado enamorada de mí; cosas, tal vez, de esas lecturas de libros de caballerías que tanto le gustaban. Hasta ayer mismo, consumida por la enfermedad y ya sin fuerzas, me proclamó su amor y me musitó que me esperaría en el otro siglo hasta que yo acudiera a reunirme con ella tras mi muerte. Hablaba en susurros de la eternidad, de un tiempo sin fin, de un futuro sin término...

—Os esperará en el cielo —dijo Losantos.

—Hay quienes opinan que los reyes tenemos reservado un lugar en el infierno desde el preciso momento en que somos coronados. Tal vez tengan razón...

—Algunos quizá, pero no es el caso de la reina Isabel ni será el vuestro, por descontado. La Iglesia ha reconocido vuestra lucha en defensa de la verdadera fe y vuestro esfuerzo por conquistar Granada a los moros, por eso el papa Alejandro os concedió el título de Católicos.

—Alejandro Borgia, un hombre que vivió en un permanente estado de pecado, nos proclamó Católicos. ¡Qué ironías tiene el destino! —exclamó el rey, que se apoyó en los reposabrazos del sillón en el que estaba sentado, junto a la cabecera de la cama donde yacía el cadáver de Isabel, y se puso en pie.

—Pero era el papa, tal vez un pecador, pero el papa al fin y al cabo.

—¿Sabéis cuántos pecados he cometido a lo largo de mi vida? —Fernando miró a Pedro Losantos con un rictus de ironía, pero que denotaba sinceridad.

—Ninguno que no os haya sido perdonado por la Santa Madre Iglesia.

—¿Cómo podéis decir eso? ¿Qué sabéis vos de ello?

—Yo nací judío, crecí judío y fui educado como judío; solo por ello merecería ser condenado a penar eternamente en el infierno, pero mis padres vieron la luz, como Saulo de Tarso camino de Damasco, y se convirtieron a la verdadera fe en Cristo Jesús, donde radica el único sendero de salvación, y yo lo recorrí con ellos. Cuando me bautizó el deán de la catedral de Toledo, me dijo que Dios siempre perdona a sus hijos descarriados si le piden perdón con toda el alma y de corazón. El arrepentimiento y el perdón de los pecados nos salva.

—Todos los conversos sois iguales: unos condenados mentirosos. —El rey se acercó a una ventana y miró al cielo. Unas nubes grises, muy oscuras, parecían vestir de luto por la muerte de la reina.

—¿Qué queréis de mí, alteza?

—Losantos..., un rey está solo, siempre está solo, pero de vez en cuando necesita alguien a quien contarle ciertas cosas... Entre todos esos nobles castellanos que esperan afuera no hay ninguno del que pueda fiarme, ni siquiera del duque de Alba, al que considero uno de los pocos que tal vez no me traicione. Todos tienen intereses que mantener, privilegios que defender, fortunas que guardar. Pero vos..., vos solo tenéis vuestro oficio y vuestra palabra, y eso os convierte, al menos para mí, en un hombre en el que se puede confiar. Por eso quiero contar con vos, por eso os revelaré ciertos asuntos, porque estoy seguro de que nunca traicionaréis a vuestro rey.

—Yo..., pero ¿por qué...? —balbució Losantos.

—Por lo que os acabo de explicar, y además porque, poco antes de morir, doña Isabel me recomendó que confiara en vos. Ella lo hizo hasta tal punto que depositó en vuestras manos el cuidado de la vida de nuestros hijos. Mi

esposa solía acertar cuando juzgaba a los hombres que nos rodeaban. De modo que seguiré su consejo y os encomendaré alguna misión más adelante.

—¿Misión, alteza? ¿A qué tipo de misión os referís? Yo solo soy un médico...

—Y espero que un hombre leal, que en estos tiempos que corren no suele ser nada frecuente. ¿Puedo contar con vos?

—Pero yo soy un médico, solo un médico...

—Pues deseo que seáis algo más. ¿Puedo contar con vos? —reiteró la pregunta Fernando.

—Por supuesto, alteza, contad conmigo en cuanto os pueda ser útil.

—En ese caso, estad preparado, porque os demandaré algunos servicios que quizá os extrañen. Y ahora, don Pedro, marchaos vos también; quiero permanecer unos momentos a solas con ella. Los últimos momentos.

Losantos se inclinó ante el rey y salió de la estancia sin dejar de darle vueltas a la cabeza sobre qué querría el Católico de un hombre como él, que solo sabía tratar heridas y curar enfermedades.

Mientras bajaba las escaleras del palacio sumido en esa pregunta, escuchó grandes voces y gritos alterados que procedían del patio. Se acercó con precaución y, semioculto tras una columna, pudo observar cómo varios nobles discutían con vehemencia sobre lo ocurrido ese día y peroraban sobre el futuro que se avecinaba tras la muerte de Isabel.

—¡Don Fernando es un extranjero! —gritó uno.

—¡Por eso no puede ser nuestro señor! —añadió otro.

—¡Pero su alteza nos llevó a la victoria sobre los moros en Granada, expulsó a la pérfida raza de los judíos y propició el descubrimiento de las Indias Occidentales! —protestó un tercero.

—Si ahora lo dejamos hacer, nos llevará a la ruina y acabará con nuestras haciendas y nuestros privilegios. ¡El rey de Aragón está en contra de la nobleza, en nuestra contra!

—¡Echémosle de Castilla!

—¡Doña Juana es nuestra única y verdadera reina! ¡Esa fue la última voluntad de doña Isabel!

—¡Expulsemos al aragonés!

Procurando no dejarse notar, Losantos se apostó tras la columna de una esquina del patio y escuchó con atención a aquellos nobles, que ya andaban disputando entre ellos y maquinando sobre el futuro del reino. Desde allí y a través del gran portón, que estaba abierto pero protegido por varios guardias fuertemente armados, pudo ver cómo frente a la fachada del palacio, en la plaza del Mercado, en el centro de Medina del Campo, algunos grupos de hombres también discutían de manera muy acalorada.

Losantos decidió salir de allí y, al atravesar la plaza, comprobó que, entre los que se peleaban a gritos, los partidarios de don Fernando eran muy pocos comparados con sus detractores, como ocurría con los nobles.

—¡Nos aguarda un futuro incierto! —lamentó un comerciante, que veía peligrar su negocio ante la inestabilidad política que se avistaba.

—¡Don Fernando debe regresar de inmediato a Aragón! —clamó otro muy enardecido.

—¡No es nuestro señor natural!

—Pero es el rey —proclamó una voz disidente.

—¡Ya no es nuestro rey! ¡Debe irse a su tierra! —replió otra con contundencia.

—¡No tiene ningún derecho a quedarse!

—¡Castilla no es suya!

Aquellos encendidos debates y el tumulto de las discusiones que se prolongaron durante la tarde llegaron a oídos de Fernando el Católico. Uno de sus consejeros arago-

neses se aprestó a comunicarle que la nobleza castellana, reunida en el patio de palacio, había decidido que no le permitiría seguir usando el título de rey de Castilla y León.

Se resignó. ¡Qué otra cosa podía hacer! Era un hombre pragmático que sabía en cada momento cuál era la situación y cómo actuar. Aquella batalla la tenía perdida, de modo que la única salida era una retirada a tiempo.

Cuando el sol declinaba, y tras escuchar el vocerío, presenciar ciertos altercados en la plaza y atender las opiniones de algunos de sus más cercanos colaboradores, el rey llamó a su canciller:

—Ordenad a los secretarios que expidan cartas en las que yo, Fernando de Aragón, anuncio a los prohombres y notables, a los obispos y a los concejos de las ciudades y villas de los reinos de Castilla y León, la muerte de la reina Isabel, y que manifiesto de manera solemne que desde este preciso momento dejo de usar los títulos de rey de Castilla, de León y de Granada, y que proclamo que desde ahora mismo esos títulos le pertenecen en justicia y ley a mi hija doña Juana, tal como consta en el testamento de doña Isabel. Y anuncio que a partir de hoy solo usaré mis títulos patrimoniales: rey de Aragón, de Valencia, de Sicilia, de Córcega y de Mallorca, además del de conde de Barcelona y los que me corresponden por mi sangre y mi linaje.

Tras dictar estas órdenes y aprobar el contenido de las cartas, se retiró a la soledad de su dormitorio y ordenó que le sirvieran una copa de vino dulce rebajado con agua y aromatizado con canela.

¿Qué futuro le esperaba? ¿Qué ocurriría a partir de este momento en los reinos que durante tantos años había gobernado al lado de su esposa? No cesaba de hacerse preguntas para las que no encontraba ninguna respuesta. ¿Qué ocurriría si los castellanos se dejaban gobernar por una reina que no era apta para ejercer su cargo, como era

el caso de su hija Juana? ¿Sería capaz de mantener en sus manos, como pretendía, el gobierno de Castilla sin ostentar el título de rey? ¿Podría sobreponerse a las intrigas de los nobles y a sus conjuras? Él, que se había mostrado convencido, firme y sereno en todo momento, ahora dudaba, y no estaba seguro de poder seguir soportando él solo el peso de tantos reinos. Además, ¿lo aceptarían como soberano y señor una vez que había desaparecido Isabel? Y ahora que por primera vez estaba solo, sin el consejo de su padre ni el apoyo de su esposa, ¿tendría la fuerza suficiente como para enfrentarse a un destino tan incierto?

*Posada del Trigal, Medina del Campo,
26 de noviembre de 1504*

Pedro Losantos cerró la puerta de la habitación de la posada del Trigal, donde se había alojado para estar cerca de la reina Isabel en su agonía. La corte de los Reyes Católicos, como la de todos los reyes de la cristiandad, era itinerante, de modo que nunca permanecía más de dos o tres meses en un mismo sitio. Y con la corte se desplazaban tres centenares de personas, entre ellas varios nobles y damas, secretarios, notarios, médicos, músicos, soldados de la guardia, cocineros, criados, palafreneros, carreteros, artesanos, mozos de cuadra..., muchos de ellos con sus propias familias.

Ya dentro de la estancia, el médico converso inspiró una larga bocanada de aire y se despojó del capote y del sombrero. Se acercó a la mesa, se sentó, apoyó los codos en la tabla y se sujetó la cabeza con las manos. Toda su vida pasó delante de sus ojos en un instante.

Había nacido judío, miembro de la familia Leví, hebreos originarios de Toledo, ciudad en la que habían vivido desde antes incluso de que esta ciudad fuera conquis-

tada por el rey Alfonso VI de Castilla y León. El linaje de los Leví había hecho de Castilla su hogar, su único hogar. Los Leví estaban tan enraizados en Toledo que allí habían permanecido incluso en los momentos más duros, en el tiempo de las persecuciones y matanzas que sufrieron los judíos en aquel aciago año del Señor de 1391. Eran una estirpe de relevantes médicos, de gran prestigio en Toledo, de modo que los soliviantados en aquellas revueltas antijudías no se metieron con ellos y respetaron sus casas y sus vidas.

Mosés Leví, padre de Pedro Losantos, había ejercido como médico en la corte del rey Enrique IV de Castilla, el hermano de padre de Isabel la Católica, y por ello conocía muchos secretos de ese monarca y todas las intrigas y conjuras que se habían desarrollado en ese tiempo de luchas por alcanzar el trono. Hombre de confianza del rey Enrique, a quien sus detractores llamaron «el Impotente», fue el propio Mosés quien ideó una cánula de oro para que la reina Juana de Portugal, la segunda esposa del monarca, se quedara preñada mediante la introducción del semen del rey en su útero, ya que la extraña forma del pene real no favorecía una inseminación directa.

Fernando e Isabel, convertidos en reyes de Castilla a la muerte de Enrique IV y tras una guerra civil, habían aceptado a Mosés Leví como uno de sus médicos personales, pues, además de sus conocimientos y su prestigio, sabían de la jugosa información que este podía proporcionarles.

Mosés Leví había renegado del judaísmo y se había convertido al cristianismo en el año del Señor de 1484, poco después de que los Reyes Católicos instauraran la Santa Inquisición en todos sus reinos. Mosés, casado con Mariam Rubio, también judía conversa, tomó el nombre de Pablo Losantos al bautizarse. Mariam, que se había bautizado como María a la vez que su esposo, descendía de una familia de artesanos y comerciantes judíos dedica-

dos al negocio de la fabricación y venta de armas; eran propietarios de un afamado taller en la ciudad de Toledo, donde elaboraban espadas, puñales y dagas que suministraban a muchas familias nobles que apreciaban la calidad del acero forjado por los Rubio.

Fue aquel mismo año cuando David Leví, hijo de Pablo Losantos y último médico hasta entonces de la saga toledana, regresó de Montpellier con el título de licenciado en Medicina bajo el brazo, y de inmediato se puso a trabajar como ayudante de su padre en la corte. Apenas dudó cuando su progenitor le informó de su intención de convertirse al cristianismo, y David hizo lo propio adoptando el nombre cristiano de Pedro Losantos. Ya incorporado al servicio de la corte, en los primeros años tuvo que atender a los criados y al personal de segundo rango, junto con otros dos médicos cristianos viejos, que siempre observaron con recelo a los conversos, a quienes no dejaban de considerar como sospechosos de criptojudasismo.

Cuando en 1492 los Reyes Católicos emitieron el decreto de expulsión de los judíos de todos sus reinos y dominios, hacía ya ocho años que todos los miembros de la familia Leví, ahora Losantos, eran cristianos y, aunque tuvieron que soportar una severa encuesta por parte del Santo Oficio de la Inquisición, quedaron libres de cualquier sospecha por judaizantes y permanecieron en Toledo como cristianos nuevos.

Pablo Losantos, antes llamado Mosés Leví, murió en Toledo en 1492 y fue enterrado en sagrado en la iglesia del monasterio de San Juan de los Reyes, entonces todavía en construcción, tres meses después de la expulsión de sus antiguos correligionarios y unas pocas semanas antes de que el almirante Cristóbal Colón descubriera el Nuevo Mundo. Su propio hijo Pedro, que ocupó su puesto en el servicio directo de la reina Isabel y de sus hijas, certificó la muerte por un ataque al corazón, pero en realidad Pedro

Losantos sabía que su padre había fallecido consumido por la angustia y la pena. Mariam murió tres años después de Moisés, aquejada de melancolía por la ausencia de su esposo.

Pedro Losantos se había casado con Juana de la Cruz, también judía conversa. Juana procedía de una saga de curanderas que conocían desde hacía siglos las cualidades curativas de todas las plantas y todos los secretos y propiedades que guardaban la hierbas. Era capaz de preparar todo tipo de pócimas para aliviar las enfermedades, calmar los dolores y paliar cualquier trastorno del cuerpo. Su familia, que comerciaba con paños, procedía de las montañas de Alcoy, en el sur del reino de Valencia; sus mujeres tenían fama de practicar hechicerías y conjuros, y tiempo atrás alguna de ellas había sido acusada de practicar la brujería.

Tras la muerte de su madre, Pedro Losantos y su esposa Juana de la Cruz abandonaron Toledo y se trasladaron a Valladolid para estar más cerca de la corte. Allí compraron una pequeña casa en la parroquia de Santiago, donde seguían viviendo nueve años después.

El matrimonio Losantos tenía tres hijos. El mayor, de nombre Pablo, como el abuelo, estaba finalizando sus estudios de Medicina en la prestigiosa escuela de Salerno, al sur de la ciudad de Nápoles, bajo el dominio del rey de Aragón. El segundo, Juan, vivía en Toledo con los familiares de su abuela paterna, los Rubio, aprendiendo el oficio y el negocio de la fabricación y venta de espadas, dagas, puñales y diversos objetos de orfebrería. La tercera, una muchacha llamada María, los había acompañado a Valladolid, donde al lado de su madre aprendía a reconocer las hierbas y sus beneficios para el cuerpo y a preparar pócimas que cicatrizaban heridas, brebajes que sanaban enfermedades y equilibraban los humores del cuerpo y emplastes que arreglaban fracturas de huesos. Era una muchacha

especial capaz de augurar lo que iba a suceder. Desde muy pequeña había tenido esos presentimientos, que solo había revelado a su madre, pues las autoridades de la Inquisición solían acusar de brujería a toda persona que manifestaba este tipo de percepciones.

A sus cuarenta y ocho años, Pedro Losantos era uno de los médicos más reputados de la corte, aunque algunos de sus métodos curativos, aprendidos en el seno de su familia y ampliados con las pócimas que preparaba su esposa, no eran aceptados por muchos de sus colegas cristianos, que seguían aferrados a las viejas prácticas, que consistían básicamente en aplicar sanguijuelas como remedio universal ante cualquier problema de salud.

El crujido de la puerta le devolvió al presente. Giró la cabeza y se topó con los ojos de su mujer, que entraba en la habitación con un cántaro de agua.

—Déjame que te ayude con eso —le dijo a la vez que le cogía el cántaro y lo dejaba en el suelo—. ¿Y María?

—Viene enseguida; ha ido un momento a la cocina de la fonda a recoger la cena. ¿Tú estás bien? —preguntó Juana de la Cruz.

—Muy bien.

—Dicen que la reina Isabel ha muerto.

—Sí; el águila de san Juan ya no volará más —le ratificó Pedro Losantos a su esposa tras darle un beso en la mejilla. El emblema del águila de San Juan Evangelista era el que la reina Isabel había adoptado en su escudo—. Ya te has enterado...

—Lo han comentado esta tarde en el mercado.

—Fue una gran reina.

—Expulsó a nuestros...

—Nosotros ya no somos judíos, somos cristianos —asentó Pedro.

Es ese momento entró María con una cesta con la cena.

—Buenas noches, padre.

—Buenas noches, María. Tengo el hambre de un lobo. Con el trajín de la muerte de la reina no he comido nada desde esta mañana.

María colocó la cesta encima de la mesa.

—¿Qué tenemos aquí? Huele bien —comentó Pedro.

—Una olla con cocido de carnero, cebollas y nabos que ha preparado la esposa del mesonero —dijo María.

—Pues vayamos a ello, me muero de hambre.

—Y manzanas, nueces y un poco de queso de oveja; dice el mesonero que es muy bueno.

—La noticia de la muerte de la reina ha corrido por toda Medina. Mucha gente estaba inquieta y pesarosa y se preguntaba qué va a ocurrir a partir de ahora —dijo Juana mientras colocaba en el centro de la mesa el único candil que iluminaba la habitación, a fin de ver con más nitidez el contenido de la cesta, y de paso los rostros de su esposo y de su hija.

—El rey Fernando ha renunciado a la Corona de Castilla. Ha cumplido lo dictado en el testamento de la reina Isabel y la ha entregado a su hija doña Juana. —Pedro cogió un puñado de nueces.

—Pero esa mujer no está bien. Tú mismo me lo has dicho en alguna ocasión. Ya no lo estaba cuando siendo una niña la atendías como médico de la familia real.

—Sí, su comportamiento siempre fue muy peculiar, pero legalmente es la heredera. Siempre hubo algo extraño en esa muchacha. ¿Me sirves un poco de ese cocido, María? —le pidió Pedro a su hija alargando su escudilla.

—Pese a ello, la enviaron a Flandes a casarse con don Felipe —dijo Juana.

—Nunca debieron hacerlo —sostuvo Pedro, tras llevarse una cucharada de comida a la boca—. Sabían que su comportamiento estaba lleno de excentricidades, y los cortesanos flamencos no tardaron en darse cuenta de las deficiencias de doña Juana.

—Fue utilizada como moneda de cambio —terció María.

—¿Qué sabes tú de eso, hija? —le preguntó Pedro.

—Lo que se cuenta por ahí; todo el mundo habla de ello.

—¿Todo el mundo? ¿Qué sabrán esas gentes chismosas que pululan por las calles lo que piensan sus reyes? Además, los hijos deben obediencia a los padres. Es la ley de Dios.

—Los hijos de los reyes no son como los hijos de los demás mortales —aseguró Juana, que acabó de servir todo el guiso.

—Doña Juana no es dueña de su destino —advirtió Pedro.

—Es una pobre mujer que fue utilizada como prenda para sellar un acuerdo que interesaba a sus padres.

—¿Pese a que no era una muchacha... normal? —preguntó María.

—Sí, sus padres los reyes sabían que su hija no era normal, como tú dices, hija. Yo mismo les informé en más de una ocasión de las extravagancias de doña Juana, pero pese a todo intentaron ayudarla. El propio rey, ante las quejas de los flamencos por la actitud que desde un primer momento mostró doña Juana, envió a un fraile dominico a Bruselas para que atendiera a su hija y observara su comportamiento. Los informes de ese fraile fueron desalentadores: se comportaba de manera extravagante en algunas ocasiones y se mostraba como una mujer excéntrica; por momentos actuaba con una absoluta frialdad de corazón, una total falta de piedad y una crueldad sin límites. —Pedro aplastó entre sus manos dos nueces, comió una de ellas y le ofreció la otra a su esposa y a su hija.

—Bueno, esa manera de comportarse no es ajena a muchos otros reyes y potentados; yo diría que la mayor parte de ellos actúa así. En eso, doña Juana no parece ninguna extraña —puntualizó la esposa de Losantos.

—Pero su caso es excesivo. Su actitud alocada y sin medida era habitual en su comportamiento, y sus padres lo pudieron comprobar cuando se encontraron con ella en Toledo, hace ahora dos años, en aquel tiempo en que doña Juana vino desde Flandes para ser jurada heredera de Castilla y León.

—Sí, lo recuerdo bien, me dijiste que su esposo la acompañó en el viaje de ida y que, una vez aquí, el príncipe de Austria se sintió relegado por sus suegros y decidió regresar a Flandes, dejando a doña Juana sola en Castilla, y eso a pesar de que estaba embarazada; pobre niña...

—La dejó plantada, sí, y ella, reconcomida por los celos, pretendió seguirlo, a pesar de su embarazo. Los reyes se lo impidieron y la retuvieron en el castillo de La Mota en contra de su voluntad.

—Pero tú les recomendaste que lo hicieran así al menos hasta que diera a luz.

—Creí que era lo mejor para ella. Sin embargo, doña Juana estaba fuera de sí y no estaba dispuesta a permanecer ni un momento más lejos de su esposo, de modo que trató de escapar. Advirtió que era capaz de ir a pie hasta Flandes.

—Muy grande tenía que ser su desesperación —terció María.

—Una mujer enamorada hasta la locura iría tras el hombre que ama hasta el mismísimo infierno. —Juana separó un poco el candil, cuya tenue luz patinaba de un pálido tono amarillento los rostros de su hija y de su marido.

—¿Lo harías tú por mí? —le preguntó Pedro a su esposa.

—¿Lo dudas?

—Supongo que ese impulso irrefrenable fue lo que debió de sentir doña Juana, porque un día pretendió salir del castillo donde estaba custodiada, dispuesta a caminar hasta Flandes para ir al encuentro con su esposo, pero los guardias la detuvieron, claro, y ella respondió permane-

ciendo al raso toda una fría noche en el patio de la fortaleza.

—Sí, ¡cómo olvidarlo! Aquel día un alguacil del rey se presentó en casa a buscarte antes del amanecer. En un primer momento tuve mucho miedo porque creí que se trataba de la guardia de la Inquisición que venía a prendernos por nuestro pasado judío —recordó Juana.

—Cuando llegué a Medina, tras cabalgar a todo galope junto a ese guardia, me encontré con la princesa Juana tumbada sobre el pavimento del patio del castillo, a la intemperie. Estaba a punto de morir de frío y con ella el hijo que llevaba en sus entrañas, y hubiera fallecido de no ser por la extraordinaria fortaleza que siempre tuvo esa mujer. Sentí por ella una gran tristeza; aquella muchacha podía ser mi hija, tú misma. —Pedro acarició el rostro de María con el dorso de la mano.

—¿Supongo que entonces intervino doña Isabel? La reina amaba a su hija, quería lo mejor para ella —dijo la joven.

—Sí, menuda era la reina Católica. Cuando se enteró de lo que ocurría en el castillo de Medina no lo dudó un momento. A pesar de que su salud comenzaba a resquebrajarse, montó a caballo y se desplazó a Medina desde Segovia, donde se estaba recuperando. Una vez ante su hija, trató de calmar la cólera de doña Juana con buenas palabras y mejores razones, pero todos sus esfuerzos fueron en vano.

—¿Tú lo viste? —le preguntó María.

—Claro. Yo fui uno de los que estaban allí, y pude presenciar la tensión con la que madre e hija se enfrentaron.

—¿Qué ocurrió? Nunca lo has contado —dijo María.

—Doña Isabel recriminó a su hija el que no reaccionara ante los desprecios a los que la sometía su esposo don Felipe.

—¿Y entonces?

—Al oír aquellos reproches, doña Juana, que ama a su esposo por encima de cualquier razón, estalló. Enajenada y furiosa, insultó a su madre y lanzó toda una andanada de acusaciones contra ella. Le dijo que era indigna como mujer por permitir que don Fernando, su marido, mantuviera tantas amantes como estrellas hay en el cielo y que a saber cuántos hijos bastardos habría dejado el rey Católico en su ir y venir por los caminos de los reinos de Castilla y de Aragón.

—¿Eso dijo doña Juana? —se sorprendió María.

—Y mucho más que me callo por decoro, hija. Juana estaba como poseída por un espíritu y no cesaba de gritar y de insultar a su madre —explicó Pedro.

—La reina Isabel sufriría mucho por ver así a su hija —supuso María.

—Se vio tan sorprendida que no tuvo capacidad ni reflejos para responder a esos terribles insultos, y no supo cómo rebatir los airados reproches que escuchó de los labios de doña Juana. El escándalo fue de tal magnitud que doña Isabel se vio obligada a ordenar que inmovilizaran a su hija, para lo cual hizo falta el esfuerzo combinado de dos fornidos guardias, y mandó que la encerraran en una mazmorra del castillo de La Mota.

—¿Tú hubieras hecho lo mismo, madre, si yo hubiera sido doña Juana y tú doña Isabel? —le preguntó María.

—Yo te hubiera dado unos buenos azotes —sonrió Juana de la Cruz, que acababa de terminar el contenido de su plato.

—¿Y qué pasó entonces? —siguió preguntando María.

—Tras aquella trifulca, vi a la reina Isabel retirarse abatida como nunca antes, bisbisando para sí que una hija no debía tratar así a una madre, mascullando que estaba desencantada porque no había sabido educarla, culpándose de todo cuanto estaba ocurriendo, triste y desconsolada como una madre que ha perdido el respeto de su hija.

—Supongo que fue entonces cuando doña Isabel se dio cuenta de que su hija estaba poseída por la locura... ¿O no? —preguntó María de nuevo.

—Sí, aquello fue definitivo. Hasta ese momento no lo había querido admitir. ¿Qué madre lo hubiera hecho?

—Entonces, aquella pelea le abrió los ojos...

—Sí, y ordenó que doña Juana permaneciera encerrada en una dependencia de ese castillo durante varias semanas, hasta que, ya más calmada, le permitieron regresar a Flandes en la pasada primavera. Fue el rey Fernando quien convenció a su esposa Isabel para que dejara partir a Juana cuando recibió una carta de su nieto Carlos, redactada por su secretario, en la que el niño, obviamente al dictado de algún consejero, les suplicaba a sus abuelos que permitieran regresar a su madre a Flandes.

—¿Y por eso la dejó ir al encuentro con su esposo? —preguntó María.

—Sí, pero le puso una condición: que antes de partir diera a luz al niño que estaba esperando y que lo dejara en Castilla al cuidado de don Fernando y de la propia doña Isabel —respondió Pedro Losantos—. Los reyes no se fiaban de que ese niño sobreviviera a ese viaje en brazos de su madre, y menos todavía en las condiciones tan lamentables en las que se encontraba doña Juana. De modo que Juana dio a luz a ese niño, al que bautizaron con el nombre de Fernando, que se quedó al cuidado de sus abuelos en Castilla —explicó Pedro.

—Pero esa nueva vida no palió el sufrimiento de la reina Isabel por la pérdida de tantos seres queridos —intervino Juana de la Cruz—. Ni siquiera los reyes están libres de esa contingencia y de ese dolor. Doña Isabel fue reina, pero también madre. A lo largo de su vida vio morir en plena juventud a su amado hijo el príncipe Juan, la esperanza quebrada de Castilla y Aragón, a su querida hija Isabel y a su nieto el príncipe Miguel, en quien había deposi-

tado sus esperanzas. Demasiado dolor, incluso para una mujer tan fuerte como ella.

—Las coronas de Castilla, Aragón y Portugal ceñidas sobre una misma cabeza, y tal vez unidas para siempre...; ese fue uno de los sueños de la Católica: todas gobernadas por un mismo rey —adujo Pedro.

—Pues no ha vivido para verlo...

—Doña Isabel estaba muy enferma y el enfrentamiento con doña Juana acabó por desquiciarla, la arrastró al abatimiento y agravó su enfermedad. Tras esa tremenda discusión, la reina Isabel ya no volvió a ser la misma. Se sumió en una terrible agonía, se desentendió de las cosas de este mundo, lloró su desventura y su desdicha, se encerró en sí misma y, con todo ello, su enfermedad se agravó hasta llevarla a la muerte. Su tumor maligno se hizo tan grande que en los últimos meses ni siquiera era capaz de mantener las piernas juntas.

»Doña Juana constituía su última apuesta para que permanecieran unidos los dominios que había logrado aunar junto a su esposo el rey Fernando, pero en cuanto se dio cuenta de que su hija no estaba capacitada para reinar, introdujo una cláusula en su testamento en la que otorgaba el gobierno de sus reinos a su esposo don Fernando, aunque el título de reina de Castilla lo transmitió en exclusiva a doña Juana, siguiendo la ley y el derecho castellanos.

—Ese testamento traerá problemas —señaló Juana de la Cruz.

—Por supuesto. Esta misma tarde he presenciado los cuchicheos intrigantes de los nobles de Castilla. Los he visto y oído conspirar en el patio del palacio real, con el cadáver de doña Isabel todavía caliente. La inmensa mayoría de la nobleza arde en deseos de que el rey Fernando se marche de aquí, y ya lo señalan como usurpador. En cuanto se ha corrido la noticia de la muerte de la reina, varios nobles se

han coaligado, han reclamado que se cumpla el testamento de doña Isabel y han alzado sus pendones proclamando a doña Juana como única propietaria de Castilla y demás reinos de su Corona, a su esposo don Felipe como legítimo rey y a su hijo don Carlos como príncipe heredero.

—¿Y qué ha hecho el rey Fernando? —preguntó María.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Ha aceptado los hechos y ha renunciado al título de rey de Castilla y León. A pesar de que hace treinta años que lo ostenta, la mayoría de la nobleza nunca lo ha reconocido como tal; no lo consideran uno de los suyos, pero lo es. Fernando de Aragón es un Trastámara, miembro del mismo linaje de los reyes de Castilla, y de su más alta nobleza.

—Ya..., pero desconfían de él —indicó Juana—. Mientras ha vivido Isabel, los nobles sabían que don Fernando no se atrevería a contravenir las leyes castellanas, pero ahora... ¿Qué va a pasar ahora?

—Mujer, deja la política para los hombres —apuntilló Pedro.

—Doña Isabel era una mujer, y la nueva reina, doña Juana, también lo es.

—Si ellas pueden, ¿por qué las demás no podemos...? —se quejó María.

—Ellas pueden porque en sus venas hay sangre real. Pero dejemos estos asuntos y acabemos la cena, se me va a enfriar este guiso, con el hambre que tengo...

—Voy a pedirle al mesonero una vela; la luz de este pequeño candil es escasa —dijo Juana.

—Deja, madre, lo haré yo. —María se levantó con agilidad y salió de la habitación.

—Esa hija nuestra es una joya —comentó Juana.

—Se parece a ti.

—Espero que cuando se case no lo haga con un hombre como don Felipe..., ni tan siquiera con uno como don Fernando —asentó Juana Losantos.

—¿Preferirías que se casara con uno como yo, un don nadie? —le preguntó Pedro.

—Quiero que se case con el hombre que ella elija y al que ame.

Pedro miró a su esposa y calló. Cogió una nuez, la cascó y se la metió en la boca.

—Están riquísimas —comentó Juana.

—Y son un excelente remedio para limpiar las impurezas de la sangre.

Los dos esposos siguieron hablando de las propiedades de las nueces; si lo hacían sobre el futuro de su hija, ambos estaban seguros de que acabarían discutiendo.

Palacio real de Medina del Campo, diciembre de 1504

—El testamento de vuestra esposa es muy claro y diáfano, alteza, y no deja lugar a duda alguna con respecto a su última voluntad. Los médicos de la corte han certificado que la reina Isabel estaba cuerda y era plenamente consciente y responsable de sus actos, de modo que su validez es incuestionable —asentó el canciller con toda solemnidad, mientras se calentaba en la sala donde se había ubicado una de las dos grandes chimeneas construidas ese mismo año en el palacio real de Medina, en realidad poco más que una casona solariega.

—Ese testamento se redactó y firmó unas semanas antes de la muerte de mi esposa. Hacía ya varios meses que tenía accesos de fiebre, y se le habían abierto varias úlceras y provocado edemas que le causaban un insoportable dolor. No era consciente de lo que estaba dictando. —El rey Fernando se mostraba nervioso. Desde el día siguiente a la muerte de su esposa, vestía ropa de jerga y trajes de luto elaborados con paños burdos en señal de duelo.

—Los médicos han certificado que...

—¡Médicos!, ¿qué médicos? —El rey se levantó con toda la energía de su sillón, ubicado frente a la chimenea—. Esos tipos habrían firmado cualquier cosa con tal de evitar que un aragonés se mantuviera en el trono de Castilla. Mi esposa estaba aquejada de un tumor en sus genitales que le provocaba dolores espantosos. Ya visteis cómo se fue apagando en los últimos meses, cada día más pálida, más débil, llena de convulsiones y consumida por la calentura. Y además, esas sangrías que le practicaban esos dos médicos inútiles, Soto y Julián... Con cada sangría la debilitaban más y más. ¿No es así, Losantos? —El rey se dirigió al médico converso, que estaba presente en ese momento.

—Ya les advertí a mis dos colegas que aplicar sanguijuelas a un cuerpo enfermo solo conlleva empeorar su estado, pero no hicieron caso de mis consejos —explicó Losantos.

—Los judíos sois los mejores en este complejo arte de la medicina.

—Yo ya no soy judío, alteza.

—Las gentes de vuestra raza no dejan de serlo jamás.

—Mi conversión al cristianismo fue sincera, y cumplo con los preceptos de la Santa Madre Iglesia. —Pedro Losantos tuvo que morderse la lengua. En las venas del Católico había sangre hebrea; el médico sabía que la tatarabuela materna de Fernando el Católico había sido una judía llamada Paloma, cuya belleza se hizo legendaria.

—Ya... ¿Hay alguna manera de revocar ese testamento, canciller? Ya habéis escuchado a don Pedro.

—No es posible, señor. Lo ratificaron el escribano y el secretario de la reina en presencia de los más destacados miembros de la corte, y nadie discrepó en ese momento, ni se presentó ninguna alegación legal. No se puede anular, y los nobles tampoco estarían dispuestos a consentirlo..., supongo.